

queños buques que se les hubiesen proporcionado. Con estos quince ó diez y seis mil hombres debía tomarse el Faro, llenarle de artillería, armar igualmente el fuerte de Scyla, y después de adquiridos para los franceses estos dos puntos que cerraban el estrecho, apoderarse para siempre de aquel paso. Obtenido este resultado, ningún soldado inglés se atrevería á permanecer en Sicilia.

Pero esta atrevida empresa suponía que las órdenes reiteradas de Napoleón sobre los dos puntos que los ingleses poseían aún en la costa de Calabria, Scyla y Reggio, se hubiesen obedecido. Habíase Napoleón indignado repetidas veces contra José, porque teniendo un ejército de más de cuarenta mil hombres toleraba que los ingleses pisasen todavía el suelo de Italia. «Es una vergüenza, le escribía, que los ingleses se mantengan firmes contra nosotros en tierra. No quiero que vuelva usted á escribirme hasta que este baldón quede lavado; y si esto no se hace pronto, yo mandaré uno de mis generales que le substituya á usted en el mando de mi ejército de Nápoles.» Sensible á esta reprensión, encargó José al general Regnier que atacase los dos puntos fortificados de Scyla y Reggio, que tanto ofuscaban á Napoleón. Iban ya á tomarse pronto, pero aún no había llegado este caso, y Napoleón se encolerizó sobre manera; no obstante, como su ira contra la flemma de su hermano nada podía influir en el estado de las cosas, convínose en que se modificase el proyecto de expedición, por no ser posible apoderarse del estrecho no estando aún sojuzgada la costa de las Calabrias, que hubiera debido naturalmente pertenecer á los franceses. Por lo tanto se dispuso que el almirante Ganteaume pasase primeramente á Corfú á depositar el cuantioso cargamento de pertrechos que llevaba la escuadra, regresase después al estrecho, tocase en Reggio, que probablemente estaría expugnado para la época de su apareamiento en aquellos mares, tomase allí unos doce mil hombres, y los trasladase por el interior del estrecho al Mediodía del Faro. La estación además le aconsejaba á Ganteaume que así lo hiciese; porque operando por el estrecho y al Mediodía del Faro se guarecía de los fuertes vientos que, durante el invierno, soplan del Nordeste y hacen peligroso el acceso de la costa de Sicilia.

Fijadas estas disposiciones, el almirante Ganteaume se mantuvo en aptitud de poderse hacer al mar al primer asomo de cualquiera de las divisiones navales que á cada instante se esperaban de Cartagena, Cádiz ó Rochefort. Se recordará que en virtud de las prudentes observaciones del almirante Decrés, se había convenido que las divisiones de Brest y de Lorient permaneciesen en el Océano, y que las de Rochefort y Cádiz solamente recibiesen la orden de penetrar en el Mediterráneo. El almirante Rosily tenía sumo empeño en salir de Cádiz, donde estaba detenido hacía más de dos años; pero le era más difícil á él que á otro ninguno por causa del estrecho y de Gibraltar. La facilidad de evadirse está en razón de la mayor extensión de los mares; pero en la angostura de un estrecho y al alcance de un apostadero como Gibraltar, era casi imposible engañar al enemigo y librarse de él. La mar entre las costas de Africa y de España estaba cubierta de barquichuelos que montaban la guardia por la escuadra inglesa, que se había hecho á lo largo para inspirar al almirante Rosily

deseos de salir; pero no bien éste daba la vela, asomaba otra vez toda la escuadra entera del enemigo. La división de Rosily estaba completamente armada, merced á los recursos del puerto de Cádiz, abundantes para el gobierno francés que los pagaba generosamente, y nullos para el español que no podía pagarlos. Llevaba además excelentes tripulaciones que habían navegado y sostenido el más memorable combate naval del siglo, que era el de Trafalgar. El almirante Rosily, antiguo mareante, tan experimentado como valiente, no hubiera esquivado el combate contra una división inglesa de fuerzas superiores á la suya; sin embargo, con seis navíos y dos ó tres fragatas no podía hacer frente á doce ó quince navíos y multitud de fragatas sin exponerse á un nuevo desastre. Por esta razón, aunque había recibido desde el mes de septiembre del año 1807 orden de zarpar, aún no lo había logrado en febrero de 1808.

El contraalmirante Allemand, el oficial de mar más resuelto que tenía á la sazón la Francia, sobre todo como mareante, se hallaba también estrechamente bloqueado en Rochefort, prueba de lo cual era la derrota sufrida por las fragatas del capitán Soleil. Pero si lograba con una salida atrevida ponerse fuera de los canales, teniendo el Océano abierto, contando con buenas tripulaciones, con buenas naves y con su nunca desmentido arrojo, ya estaba casi seguro de no caer en manos de los ingleses. Levó anclas muchas veces y otras tantas vió al enemigo acudir con fuerzas tales que le hubiera sido imposible esquivarle. Sin embargo, el día 17 de enero de 1808, aprovechando un temporal, dió la vela, zarpó sin ser advertido, se enmaró en el golfo de Gascuña, dobló felizmente el cabo Ortegal, rodeó toda la España, llegó á la vista de la angostura de las costas de Africa y Europa, y favorecido por una noche tenebrosa y un impetuoso viento de Oeste, se entró arrojadamente por el estrecho tan bien guardado que el almirante Rosily no podía asomar en él sin que al punto se cubriese todo de velas inglesas. Antiguo es el proverbio de que la fortuna ayuda á los osados; en aquella ocasión al menos no salió fallido, y en muy pocas horas se encontró el almirante Allemand en la extensión del Mediterráneo con toda su división, habiendo pasado por delante de Gibraltar y de Ceuta sin ser visto. El 3 de febrero se puso á la vista de Tolón invitando al almirante Ganteaume á salir para dirigirse juntos al punto señalado por el emperador. El valiente marino no cabía en sí de gozo de haber llevado á cabo con tanta suerte una travesía tan peligrosa.

La división española de Cartagena, mucho menos vigilada que la del almirante Rosily por hallarse á más de cien leguas del estrecho, y porque no se concedía á la marina española el honor de crearla muy emprendedora, no tenía muchas dificultades que vencer para poder zarpar. Levó en efecto el ancla y dió la vela con rumbo á Tolón, como Napoleón había mandado. Comandábala el almirante Valdés y se componía de un soberbio navío de tres puentes, de otro de ochenta cañones y de cuatro de setenta y cuatro. Con los tres años de inmovilidad que acababa de pasar en el puerto tenía los fondos sucios, sus tripulaciones eran solamente medianas, no llevaba víveres más que para tres meses. Fuese que hubiera recibido instrucciones secretas de no cumplir su misión, ó bien que los marinos españoles se

hubiesen vuelto extremadamente medrosos, lo cierto fué que después de navegar en torno de las Baleares para guarecerse en ellas en caso necesario, al primer asomo de una vela inglesa se refugió en aquellas islas, participando á su gobierno, que se apresuró á mandar la noticia á París, que estaba bloqueado y que no sabía cuándo podía volver á la mar. Fuese traición ó flojedad, el resultado para los planes de Napoleón vino á ser el mismo, patentizando con toda claridad el modo que tenía la España de cumplir con los deberes de aliada (1).

Entretanto el almirante Ganteaume tenía orden de zarpar así que recibiese su división el primer refuerzo. En efecto, reunidos con los cinco navíos de Tolón los otros cinco de Rochefort, nada tenía ya que temer en el Mediterráneo. Los navíos equipados en Tolón estaban muy lejos de poderse comparar con los que llegaban de Rochefort, y particularmente los buques procedentes de Génova habían sido tripulados con muchachos recogidos en los muelles de aquella gran ciudad, por haber huído los marineros genoveses á las montañas del Apenino. Sin embargo, como la marina de Tolón estaba animada de un excelente espíritu, tradicional en este puerto, y el contraalmirante Cosmao procuraba estimularlo con su ejemplo, el buen deseo suplía la inexperiencia y la división de Tolón podía portarse de una manera honrosa. El almirante Ganteaume, con dos lugartenientes entendidos, los contraalmirantes Allemand y Cosmao, tenía dos navíos de tres puentes, uno de ochenta cañones, siete de setenta y cuatro, dos fragatas, dos corbetas y dos grandes urcas, diez y seis velas entre todas. Después de tomarse el tiempo necesario para distribuir en la escuadra entera la inmensa carga de provisiones que debía depositar en Corfú, levó anclas el día 10 de febrero con dirección á las islas Jónicas, de donde había de volver después al estrecho de Sicilia para conducir un ejército francés desde Reggio á Catania, una vez cumplida la primera parte de su cometido. Dió la vela el 10 de febrero, y desapareció sin que divisara un solo buque enemigo. Con aquella escuadra, y atendido el estado actual de las fuerzas enemigas en el Mediterráneo, todo le presagiaba un resultado feliz. El punto de reunión por si llegaba el caso de una dispersión era la punta de Italia, enfrente las costas de Epiro, con el golfo de Tarento por refugio, y además las bocas del Cávaro y el mismo Corfú, objeto primero de la expedición.

Mientras empezaba esta navegación, que fué larga y duró dos meses, los sucesos de España seguían su tristísimo curso. Las cartas de Napoleón en contestación á la demanda matrimonial y á la proposición de hacer público el tratado de Fontainebleau, escritas el 10 de enero y enviadas el 20, no llegaron á su destino hasta el 27 ó 28, ni fueron entregadas hasta el 1.º de febrero. Su contenido no debía tranquilizar mucho á la corte de España. Para colmo de desgracia se concluía entonces

(1) La verdad era que don Cayetano Valdés, que ya iba á Francia de mala gana, había sido substituído en el mando por don Justo Salcedo, el cual debía según públicos rumores trasladar la escuadra á las aguas de Cádiz á proteger la huida de la familia real á América. Las alternativas que en la corte sufría el partido del príncipe de la Paz, eran causa de que se demorasen las operaciones en la escuadra, á despecho de Napoleón que la hubiera querido atenta tan sólo al logro de sus designios. (N. del T.)

mismo la causa del Escorial con grande escándalo y con vergüenza de los que la habían promovido.

A pesar de cuantos esfuerzos se habían hecho para que fuesen declarados como cómplices de un crimen que no existía los parciales del príncipe de Asturias, su inocencia, apoyada en la opinión pública, había salido incólume. El marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz, los duques de San Carlos y del Infantado, el último especialmente, se habían portado con la mayor dignidad. El canónigo Escoiquiz en particular había hecho alarde de una entereza casi provocativa, estimulado por el peligro que corría, por la ambición de sostener su papel, por el afecto á su augusto alumno y por su indignación de hombre honrado. A pesar de las indecorosas amenazas del magistrado que dirigía la causa D. Simón de Viegas, uno de los más viles agentes de la corte (2), Escoiquiz, sin denegar los escritos en que se apoyaba la acusación, persistió en sostener y demostrar su inocencia, diciendo que efectivamente había tratado con ellos de revelar las torpezas y los crímenes del valido, pero que esto era servir al rey y no hacerle traición; que la real orden en blanco, firmada de antemano, confiriendo al duque del Infantado poderes militares, era una precaución legítima contra un proyecto de usurpación que todo el mundo sabía, y que él se comprometía á probar siempre que se le concediese un careo con Godoy y se le autorizase á presentar testigos, dispuestos todos á descubrir las más terribles verdades. El valor que demostró aquel pobre presbítero, inerte y sin más apoyo contra una corte omnipotente que la pública opinión, anonadó á los acusadores é inspiró general interés; porque, aunque los procedimientos fuesen secretos, todos los días se sabían sus pormenores y cundían de boca en boca con una celeridad que sólo puede explicar la pasión más enérgica en aquel país sin prensa periódica y casi sin caminos. Los jueces empezaban á titubear, y se les agregó un refuerzo de magistrados que pasaban por adictos á la causa de la reina para que el fallo condenatorio fuese más seguro. El fiscal D. Simón de Viegas se ajustó á la orden que se le significó de pedir para los acusados la pena capital. La corte, asediando de todas maneras á los jueces con quienes había creído poder contar, los amonestaba á pronunciar la condena pedida por el fiscal, no para que se ejecutase, sino para dar al rey ocasión de ejercer su clemencia. No se deseaba, decíase, otra cosa más que hacer más respetable la autoridad real, castigando con la muerte el mero pensamiento de faltar á ella, y realzarla á los ojos de los pueblos haciendo emanar del trono un acto grande de clemencia hacia los culpados. Quería, en efecto, la corte conseguir aquella condena para hacer que no se cumpliese; pero nadie tenía en ella confianza suficiente para fiarle la vida de los personajes más dignos de la grandeza española, y por otra parte la opinión pública, pronta á desencadenarse contra los jueces prevaricadores que venden al inocente, era más imponente que la corte.

Cayó mortalmente enfermo uno de los jueces, D. Eugenio Caballero, que era pariente del ministro de Gracia y Justicia, y no quiso exhalar el último suspiro sin

(2) Dejamos pesar sobre el autor francés toda la grave responsabilidad de esta odiosa inculpación. (N. del T.)

emitir un voto digno de un verdadero magistrado: hizo rogar á sus compañeros del tribunal extraordinario que pasasen á su morada para deliberar en torno de su lecho, y después de reunidos todos tomó la palabra y sostuvo que no era posible juzgar á los cómplices de un delito, verdadero ó supuesto, sin juzgar al reo principal, ó lo que era lo mismo al príncipe de Asturias, y que, según las leyes del reino, el príncipe no podía ser citado ni oído sino ante las cortes reunidas; que además el crimen era imaginario; que las pruebas suministradas eran nulas ó desprovistas de todo carácter legal, porque se reducían á copias y no á documentos originales; que la persona desconocida que había denunciado el hecho debía, según las leyes de España, presentarse personalmente y declarar bajo juramento que en el estado actual del proceso, no habiendo acusado principal, ni pruebas ni testigos, y atendido lo que por otra parte se sabía del supuesto atentado imputado á un príncipe que era objeto del amor de la nación, y á unos altos personajes objetos de su respeto, todo juez íntegro debía declararse incompetente para fallar, suplicando á la corona que mandase inutilizar un proceso tan escandaloso.

No bien emitió su opinión aquel valiente ciudadano de una monarquía absoluta, en la que sin embargo imperaba la ley y había magistrados imbuídos en su espíritu; no bien habló, se adhirieron sus compañeros á su dictamen, y opinaron con él con una especie de entusiasmo patriótico, abrazándose todos, después de escribir este decreto, como hombres resueltos á morir. Créase en efecto que la corte, si no Carlos IV, sería capaz de todo contra unos jueces que habían dejado frustradas sus miras, y exagerábase su crueldad no admitiendo ya exageración su bajeza.

Cuando se supo el fallo, el público se llenó de júbilo y la corte de estupor. Convencieron al pobre Carlos IV de la necesidad de hacer patente su propia justicia, en defecto de la del tribunal, le arrancaron un decreto desterrando á sesenta leguas de la capital á los duques de San Carlos y del Infantado, al marqués de Ayerbe y al conde de Orgaz, despojándolos de sus dignidades, grados y condecoraciones. El canónigo Escoiquiz, que era el más odiado de todos, fué tratado con mayor rigor; se le privó de sus beneficios eclesiásticos y se le condenó á terminar sus días en el monasterio del Tardón. Querfábase también que el cardenal de Borbón, arzobispo de Toledo y hermano de la dama de sangre real con quien había casado Godoy, hiciera que el cabildo de aquella catedral decretase la degradación del canónigo Escoiquiz, individuo del mismo. El cardenal se negó á ello con tesón: con este motivo se arriesgó á descubrir á Carlos IV los escándalos que ocurrían en la monarquía, la triste suerte de su hermana la princesa, esposa del favorito, el cual había añadido á todos sus crímenes el de bigamia. Asegúrase que hasta pidió que se le entregase su hermana para que pudiese retirarse á un monasterio á llorar el enlace que era la causa de su infortunio y de su deshonra. La única respuesta que recibió fué la orden de regresar á su diócesis. El heroico magistrado D. Eugenio Caballero, que con tanta nobleza había llenado su deber, murió, y sus exequias fueron una especie de ovación. Todas las comunidades religiosas se disputaron el honor de darle gratuitamente sepultura, y todas las personas más calificadas de Ma-

drid acompañaron á su última morada al magistrado que tan dignamente había terminado su carrera. Por lo que hace á los acusados, era general la alegría de ver salvadas sus vidas, sobre todo después de los exagerados temores que había inspirado el proceso. Las consecuencias de éste no se temían precisamente porque pudieran contribuir á desacreditarlos, pues gozaban todos de una estimación general superior á su mérito; ni se temía su destierro, porque nadie pensaba que pudiera ser muy largo. Todos en efecto esperaban una catástrofe cercana, ya dimanase de la indignación pública hostigada, ya fuese producida por las tropas francesas que avanzaban silenciosas sobre la capital sin decir cuál era su intento. Lisonjeábanles el creer que procederían de conformidad con sus deseos, es decir, que precipitarían al valido de aquel trono cuya mitad había usurpado, y unirían al príncipe de Asturias con una princesa de Francia al estampido de sus bronces.

Mientras que las simpatías de una nación exaltada rodeaban á los que se pronunciaban contra la corte, esta misma corte estaba dominada por el terror y la ira. Era costumbre desde tiempo inmemorial que la familia real dejase en el mes de enero el palacio frío y severo del Escorial para ir á gozar del clima de Aranjuez, sitio delicioso que atraviesa el Tajo, y donde, como suele suceder en las regiones meridionales, se empieza á barruntar la primavera desde el mes de marzo y aun á veces desde fines de febrero. Hallándose Madrid en el camino, solía también la corte detenerse en él algunos días para recibir los homenajes de la capital; mas como en el año de que vamos hablando no esperaba sino muestras de aversión, pasó la corte tocando con las puertas de Madrid sin detenerse, y fué á Aranjuez á ocultarse con su vergüenza, su espanto y su pesadumbre.

En efecto, no podía esperar apoyo en parte ninguna. El pueblo español le demostraba abiertamente un rencor implacable, y casi lo mismo hacía con el rey, menospreciándole en vez de aborrecerle. Por su parte el formidable emperador de los franceses, á quien aquella corte había alternativamente adulado ó hecho traición, y cuya gracia después de la victoria de Jena esperaba haber recobrado con un año de bajezas continuas, cubríase de repente de impenetrable sombra, y en cuanto á sus proyectos guardaba un terrible silencio. Los ejércitos franceses dirigidos primeramente hacia Portugal ejecutaban ahora un movimiento sobre Madrid so pretexto de encaminarse hacia Cádiz ó Gibraltar; pero era cosa inaudita que se invadiera de aquel modo y sin más explicaciones el territorio de una gran potencia. La contestación que Napoleón había dado á la demanda matrimonial no podía considerarse como formal, porque según se expresaba en ella, quería saber, antes de conceder á Fernando la mano de una princesa de Francia, si este príncipe había vuelto á la gracia de sus padres, y hacía esta pregunta al mismo Carlos IV, que era quien formalmente le había anunciado el arresto del príncipe de Asturias y el perdón que le había puesto término. La negativa de publicar el tratado de Fontainebleau, que contenía la concesión de una soberanía para Godoy y la formal garantía de los Estados que pertenecían á la casa de España, no podía tener más que una significación siniestra. Por todos estos motivos

reinaba la tristeza, así en el palacio de Aranjuez como en el Buen Retiro, en casa de la condesa de Castillo-Fiel, amiga del valido. En una y otra parte se empezaba á ver claro y á reconocer que á fuerza de bajezas se había inspirado á Napoleón la audacia de derribar una dinastía envilecida, despreciada de todos los españoles. La idea de imitar á la casa de Braganza y de huir á América ocurría cada vez más á menudo á los adeptos de la corte y ocasionaba más frecuentes rumores. Godoy y la reina estaban casi resueltos á verificarlo, y hacían secretamente sus preparativos enviando á los horros remesas de objetos preciosos más numerosas y declaradas que nunca. Pero había que decidir primeramente al rey, quien por su salud delicada temía las consecuencias de aquel viaje casi tanto como los horros de una guerra; había que decidir también á las demás personas reales, al infante don Antonio, hermano de Carlos IV; á Fernando, su hijo y heredero, y á los infantes menores, y bastaba la menor indiscreción para insurreccionar á la nación contra semejante proyecto. El príncipe de la Paz, para explicar los preparativos que se advertían en los puertos del Ferrol y de Cádiz, hacía cundir el rumor de que se disponía á ir en persona á inspeccionar los puertos, como grande almirante que era, y que iba á empezar su visita por los del Mediodía.

Pero antes de resolverse por la huida, que aun para el mismo Godoy y para la reina no dejaba de ser una resolución desesperada, convenía probar todos los medios de sorprender el secreto de las intenciones de Napoleón, y de vencer, si era posible, su formidable voluntad. Todo efectivamente debía intentarse antes de decidirse á abandonar la España obligando á Carlos IV á seguir este partido. Así, pues, para replicar á la última respuesta de Napoleón, se hizo que le escribiese Carlos IV otra carta con fecha 5 de febrero, ocho ó diez días después de terminada la causa del Escorial, con objeto de obligarle á explicarse, de mover su corazón si era posible y de apelar á su mismo honor, grandemente interesado en el mantenimiento de la palabra dada. En esta carta descubría Carlos IV los temores que empezaba á concebir por la aproximación de las tropas francesas, recordaba á Napoleón cuanto había hecho por agradarle, todas las pruebas de sumisión que le había dado, el sacrificio de sus escuadras y el envío de sus ejércitos á países remotos, y le pedía en pago de tan fiel alianza una declaración franca y leal de sus intenciones, no pudiendo suponer que fueran otras que las merecidas por España. Ignoraba el pobre rey al escribir esto que aquella fiel alianza había ido entremezclada de mil secretas traiciones, que el sacrificio de sus escuadras no había servido más que para comprometer en Trafalgar á las dos marinas (1), que el envío de una división á Hamburgo no había prestado otro servicio que el de un mero amago, y que la España había sido

(1) Acostumbra con mucha frecuencia Mr. Thiers á deprimir á la marina española repitiendo en breves frases, pero siempre incisivas, la calumniosa y fea pintura que en el libro XXII hizo de nuestra asistencia en Trafalgar. No siendo esta la ocasión de vindicar á nuestra gloriosa marina de tan injustas inculpaciones, nos limitaremos á llamar la atención de los lectores hacia la interesante y juiciosa *Vindicación de la armada española*, escrita por el señor don M. de Marliani y publicada en 1850 de orden del ministerio de Marina. (N. del T.)

una aliada tan inútil para sí como para los demás, y aun á veces causa de grandes pesadumbres. Ignorante de estos hechos como de todo, le suscitó á Napoleón con la mayor buena fe estas cuestiones, dictadas por los que hacían sus veces siempre que se trataba de enterarse, pensar y resolver; porque el desgraciado rey no podía persuadirse de que al terminar sus días, después de haber tenido siempre buena intención, pudiera verse precisado á combatir ó á fugarse, convencido como estaba de que para reinar con honradez y sin recelo bastaba no querer hacer mal á nadie; máxima de cuya observancia estaba satisfecho, puesto que no había hecho en toda su vida más que cazar y cuidar sus caballos y sus escopetas.

A la carta destinada á Napoleón acompañaba otras varias muy perentorias para Izquierdo, en que se le rogaba que adquiriese á toda costa una noticia exacta de los proyectos de la Francia; que procurase, si eran hostiles, paralizarlos á fuerza de sacrificios, ó si esto no era posible, manifestarlos por lo menos para tratar de neutralizar ó evitar sus consecuencias. Además, por si el oro podía servir para salir airoso en semejante comisión, se le abría un crédito indefinido.

Estos despachos llegaron á París á mediados de febrero. Napoleón había procurado eludir la demanda de una princesa de Francia para Fernando, fingiendo ignorar que este príncipe hubiese vuelto á la gracia de sus padres; mas no pudiendo ya dudarle, y preguntado directamente acerca de sus intenciones, conoció que era llegado el momento del desenlace, y que después de haberse fijado en la resolución de destronar á los Borbones, era forzoso fijar personalmente los medios de lograrlo sin hacer demasiada violencia á la conciencia pública en España, en Francia, en la Europa entera. Este era el único punto en que verdaderamente vacilaba; porque si bien había admitido momentáneamente como practicable el propósito de estrechar los vínculos de las dos dinastías por medio de un enlace, y como digno de discusión el plan de adjudicarse una buena parte del territorio español, siempre en el fondo había preferido como más seguro, más decisivo y hasta honroso el no quitar á la España más que su dinastía y su barbarie, dejándole intacto su territorio, sus colonias y su independencia. Pero el modo de hacer soportable este acto de conquistador, aunque fuese en tiempos como aquellos en que se había visto á los reyes perder su corona y hasta su cabeza, no era fácil de encontrar. La familia de Braganza le había por sí misma sugerido uno con su huida, en el que, según hemos visto, se fijó finalmente, cual fué el de obligar á la corte de España á embarcarse en Cádiz con dirección al Nuevo Mundo. Conseguido esto, nada más fácil que presentarse á una nación abandonada, anunciarle que en vez de una dinastía degenerada y cobarde que desamparaba su trono y su pueblo, se le iba á dar otra dinastía nueva, gloriosa, pacíficamente reformadora, que prodigaría á la España todos los beneficios de la revolución francesa sin ninguno de sus males, y la haría partícipe de la grandeza de la Francia sin las terribles guerras que ésta había tenido que sostener. Esta solución era natural, menos expuesta que otra alguna á la animadversión, y resultado de la misma cobardía de las abastardadas familias que reinaban en el Mediodía de Europa. Por

otra parte, cada día se iba haciendo menos arriesgada, pues el rumor de una fuga á América, eco de las congojas interiores de palacio, circulaba con mayor crédito á la capital á cada nuevo acceso de terror que experimentaba la corte de España. Para llevar aquel terror á su colmo bastaba hacer avanzar definitivamente á las tropas francesas sobre Madrid, guardando siempre acerca de su destino un silencio amenazador. Con este objeto, tomó Napoleón sus disposiciones para que la catástrofe ocurriese en el mes de marzo, porque en caso de tener que operar en España, la primavera era la estación más favorable para introducir nuestros reclutas en aquella región árida y abrasadora, donde, así en lo físico como en lo moral, tiene su verdadero principio el África. Promediaba el mes de febrero, Napoleón tenía hasta mediados de marzo un mes entero para hacer sus últimos preparativos: emprendiólos inmediatamente después de recibir la carta interrogativa (fecha en 5 de febrero) en que el desgraciado rey Carlos IV le suplicaba explicase sus intenciones con respecto á España.

Pero antes de producir en Madrid el desenlace que deseaba, tenía que decidirse sobre la no menos grave cuestión de Oriente, porque ésta se hallaba á la sazón ligada con la de España. En efecto, si había algo que pudiera agravar la imprudencia de acometer nuevas empresas, habiendo ya emprendido tantas y tan considerables, era empeñarse en la cuestión de España dejando á la Rusia descontenta. Por muy acostumbrada que estuviera la Europa á espectáculos nuevos, por muy dispuesta que estuviese á la desaparición cercana de los Borbones de España, todavía mediaba gran trecho entre la expectativa y el acto, y el derrumbamiento de uno de los más antiguos tronos del universo no podía menos de causar una impresión profunda y de desplomar sobre la Francia toda la reprobación excitada por el atentado de Copenhague, que tan bien merecida tenía la Inglaterra. Aunque estuviese la Prusia aniquilada y el Austria alternativamente exasperada y sumisa, era una grande imprudencia no contar con la adhesión segura de la Rusia al ir á consumir el más atrevido de todos los actos. El tener forzosamente que hacer sacrificios en Oriente era en efecto uno de los más graves inconvenientes que ofrecía la empresa de España; y según más adelante veremos, uno de los errores más deplorables del emperador en aquellas circunstancias fué no haber sabido hacer resueltamente aquellos sacrificios. Otro hubiera sido el resultado si con menos empresas en el Norte y abandonando la Alemania á la Prusia satisfecha, no hubiera tenido que mantener en el Vístula trescientos mil veteranos, que constituían el verdadero nervio del ejército francés. Limitándose entonces á ocupar la Italia y la España, teniendo sus ejércitos concentrados detrás del Rhin, sin nadie á quien temer ó á quien apoyar al otro lado de aquella frontera, no hubiera tenido necesidad de comprar con sacrificios la cooperación de la Rusia. Y si hubiera querido aprovechar la ocasión para caer sobre el Oriente, la misma Austria, aunque inconsolable por la pérdida de la Italia, se hubiera puesto de parte de la Francia para defender el Danubio inferior. Pero como Napoleón había destruído la Prusia, creado en Alemania monarquías efímeras y sembrado del Rhin al Vístula el odio y la

ingratitude, necesitaba proporcionarse en el Norte un aliado á toda costa.

Al general Savary había substituído en San Petersburgo Mr. de Caulaincourt, y casi al mismo tiempo llegó á París el embajador de Rusia Mr. de Tolstoy. Era éste, como hemos dicho, militar, hermano del aposentador mayor de palacio, y aunque imbuido en las prevenciones de la aristocracia rusa con respecto á la Francia, individuo de una familia que gozaba de la gracia imperial, que la sobreponía á todas sus preocupaciones, y que veía en la conquista de la Finlandia y de las provincias del Danubio una disculpa suficiente para los tránsfugas que dejaron la política inglesa por la francesa. «Mi hermano se ha sacrificado, dijo el aposentador mayor Tolstoy á Mr. de Caulaincourt; ha aceptado la embajada de París; pero si no consigue alguna ventaja grande para la Rusia se pierde, y nosotros con él (1).» Estas palabras prueban con qué ánimo pasaba á Francia el nuevo embajador. Alejandro había contado lo ocurrido en Tilsit, según él se complacía en recordarlo y entenderlo; y según esta confidencia adulterada de los coloquios de Napoleón, Mr. de Tolstoy había creído que la cosa estaba resuelta, que el sacrificio del imperio de Oriente estaba decretado, y que él sólo iba á París á firmar la desmembración de la Turquía y la adjudicación, si no de Constantinopla y de los Dardanelos, por lo menos de las llanuras del Danubio hasta los Balkanes. Además, como se había detenido en su viaje con los desgraciados reyes de Prusia, despojados de una gran parte de sus Estados y de casi todas sus rentas con la prolongada ocupación de las provincias que les habían dejado, Mr. de Tolstoy creía que si la conquista de las provincias de Oriente interesaba á la gloria de la Rusia, la evacuación de las provincias prusianas interesaba á su decoro, y llevaba á París la doble mira de lograr una parte del imperio turco y de hacer evacuar la Prusia. Agréguese á esto que aquel personaje era puntilloso, irritable y caviloso y que estaba muy envanecido con la gloria de los ejércitos rusos.

Prometíase Napoleón hacerle un recibimiento lisonjero, y aficionarle á París, para que con sus relaciones contribuyese al sostenimiento de la alianza; pero le halló tan exigente y tan intratable sobre los dos puntos de la evacuación de la Prusia y la adquisición de las provincias del Danubio, que le cobró antipatía. Como se reconocía tan poderoso y además era muy poco sufrido, no podía soportar mucho tiempo la insistencia de monsieur de Tolstoy. Disimulando mal su fastidio, dijo al nuevo embajador que si después de haber evacuado toda la antigua Prusia y una parte de la Pomerania continuaba ocupando el Brandeburgo y la Silesia, era porque no se habían querido pagar las contribuciones de guerra; que nada deseaba él tanto como retirar sus tropas así que se le pagasen; que si, aparte de esto, permanecían en Prusia más tiempo de lo prescrito, también los rusos continuaban sin motivo alguno plausible ocupando las provincias del Danubio, y que la Moldavia y la Valaquia bien equivalían á la Silesia. Para un ánimo prevenido como el de Mr. de Tolstoy, Napoleón, sin decirlo explícitamente, hacía con esto

(1) Palabras textualmente sacadas de la correspondencia secreta que tantas veces hemos citado. (N. del A.)

depender la evacuación de la Silesia de la de Valaquia y Moldavia, y en cierto modo establecía como condición para la adquisición de éstas por los rusos la adquisición de aquélla por los franceses. Mal podía la arrogancia de Mr. de Tolstoy prevalecer contra la altivez de Napoleón; pero el ministro ruso se manifestó muy ofendido, y como siempre se busca la compañía que mejor simpatiza con los deseos que se abrigan, se inclinó en sus relaciones hacia aquellos hombres testarudos, de escaso número, pertenecientes á la antigua nobleza de Francia que se vengaban con sus murmuraciones del desaire que recibían de no ser aún admitidos en la corte imperial. Se expresó en un lenguaje poco amistoso, estuvo á pique de armar una disputa con el mariscal Ney, que era hombre de escaso aguante, sobre el mérito de los ejércitos ruso y francés, y en todo se mostró más bien como representante de una corte malévolá que como enviado de una corte que quisiese ser y que en efecto era, al menos en aquella época, una aliada íntima. Mr. de Talleyrand con su serenidad desdeñosa se encargó de precaver, calmar y aun reprimir en caso necesario las importunas genialidades de monsieur de Tolstoy.

Mejor iban las cosas en San Petersburgo entre Mr. de Caulaincourt y el emperador Alejandro, aunque manifestando éste, lo mismo que su embajador, el pesar que sentía. Era Mr. de Caulaincourt un hombre grave, que llevaba en el semblante el sello de la rectitud de su alma y que no tenía más debilidad que la de no poderse consolar con el papel que había hecho en el suceso del duque de Enghien, circunstancia que le hacía exageradamente agradecido á la estimación que se le profesaba y que suministró al emperador Alejandro el modo de dominarle. Mr. de Caulaincourt halló al emperador Alejandro lleno de amabilidad y cortesía hacia su persona, pero profundamente resentido por no haberse inmediatamente realizado las promesas que se le habían hecho.

Napoleón había dicho al emperador Alejandro en Tilsit que si la guerra continuaba y la Rusia tomaba parte en ella, podría proporcionarse hacia el Báltico un incremento de seguridad y hacia el mar Negro un incremento de grandeza, y había hablado eventualmente de la repartición que se haría con las provincias del imperio turco, aunque sin estipular nada de positivo. Pero si por una parte en el calor de sus explicaciones había expresado más de lo que realmente se proponía, el emperador Alejandro por otra había creído oír más de lo que se le decía, y de vuelta á San Petersburgo, para granjearse la adhesión de aquella sociedad descontentadiza había hecho muchas confianzas indiscretas y exageradas. De resultas de esto había ido poco á poco acreditándose entre las tertulias de San Petersburgo la noticia de que la Rusia, aunque vencida en Friedland, había conseguido en Tilsit la donación de la Finlandia, con la Valaquia y la Moldavia. Los que estaban predispuestos en favor del emperador Alejandro, ó que por lo menos no habían tomado la resolución de censurar la nueva marcha del gobierno, juzgaban aquélla como desquite espléndido de muchas desastrosas campañas, y decían que si la Rusia debía á la amistad de la Francia tan vastas conquistas, hacía muy bien en cultivarla. Por el contrario, los que aún conservaban en el cora-

zón las pasiones excitadas por la última guerra, ó que se quejaban de la inconstancia del emperador, como Czartoryski, Nowosiltzoff, Strogonoff y Kotschoubey, representantes de la política que había abandonado, decían que la conquista de la Finlandia á que se impelia á la Rusia no tenía valor alguno; que aquél era un país todo de lagos y pantanos y enteramente despoblado; que además era inmoral semejante conquista, como obtenida contra un pariente y aliado como el rey de Suecia; que sería también la única que Napoleón tolerase al emperador Alejandro, sin entregarle nunca la



Czartoryski

Valaquia, como se vería muy pronto, y que la alianza francesa era al mismo tiempo una defección, una inconsecuencia y una simpleza.

Alejandro tenía noticia de estos dichos y le ajaban en sumo grado, manifestándose así con gran pesadumbre á Mr. de Caulaincourt al ver por los despachos de Mr. de Tolstoy que era muy posible que se confirmasen aquellas predicciones. Recibióle con toda clase de miramientos, le mostró grande estimación al ver que el embajador la codiciaba mucho, y después hablando de los intereses de la Rusia le dió las más amargas quejas. Dijo que nunca se le había ocurrido ligar la suerte de la Silesia á la de la Moldavia y la Valaquia; que él había estipulado y obtenido de la amistad del emperador Napoleón la restitución de una parte de los Estados prusianos, restitución necesaria é indispensable para el decoro de la Rusia; que se hubiera contentado con esta restitución y retirándose á lo interior de su imperio, satisfecho de haber evitado á sus desgraciados aliados algunas consecuencias de la guerra, si el emperador Napoleón, para atraerle á su sistema, no le hubiera halagado con la esperanza de algunos engrandecimien-